

## LA MEMORIA DE LOS OTROS

### *The others memory*

Eugenia Meyer

*¿Qué puede ser peor que el olvido?[... ] La vida de mi memoria es mi vida[...] Recordar es lo que le permite al hombre afirmar que el tiempo deja huella y cicatrices sobre la superficie de la historia, y que todos los acontecimientos se encuentran concatenados unos a otros, al igual que los seres vivientes. Sin la memoria nada es posible [...] ¿Cómo hacer para que permanezca dentro de la historia y actúe sobre ella...?*

Elie Wiesel<sup>1</sup>

#### Resumen

El rescate de la memoria de los otros manifiesta la tarea fundamental del historiador en un esfuerzo por combatir las formas, usos y abusos del olvido. Se establece, pues, la tarea de salvaguardar la memoria individual y la social.

El binomio memoria-historia, ubicadas en tiempo y espacio, definen el trabajo de rescate de historias de vida, a fin de conformar un cuerpo heurístico que contribuya al proceso hermenéutico.

A partir de la metodología de historia oral, se pretende estimular que los individuos recuerden en libertad, para con ello incidir y propiciar los relatos biográficos que permitan construir historias diversas. Historiador e informante establecen una relación particular. Se reconoce la subjetividad y la parcialidad, sin detrimento del proceso de análisis e interpretación a que está obligado el trabajo propiamente histórico. Con ello, se pretende, más que una historia científica, construir historias plurales que recuperen la cotidianidad, formas de pensar y actuar individuales y colectivas, independientes de los intereses políticos y oficiales que pudieran regular o determinar historias oficiales, impuestas desde el poder.

**Palabras clave:** Memoria, olvido, oralidad, historias de vida, libertad.

<sup>1</sup> Wisel, Elie, prefacio a *¿Por qué recordar?*, Academia Universal de las Culturas, Garnica, España, 1999, p. 12-13.

**Abstract**

Others memory rescue states the historian's fundamental task in an effort to fight oblivion forms, uses and abuses. Therefore, a task is established to safeguard individual and social memory.

Memory-history binomial, placed in time and space, define the rescue work of life stories, in order to make up a heuristic body that contributes to the hermeneutic process.

Starting from an oral story methodology, it claims stimulating individuals to freely remember, in order to impinge on and propitiate biographical accounts that will permit the construction of diverse stories. Historian and informant establish a particular relationship. Subjectivity and partiality are recognized, without damaging the analysis process and the interpretation due to definite historical work. It is pretended, as a result, more than a scientific story, the construction of diverse stories that recover everyday life, individual and collective forms of thought and action, separated from political and official interests that could regulate or determine official stories, imposed by power.

**Key words:** Memory, oblivion, word of mouth, life stories, liberty.

**E**n una conferencia reciente, Orhan Pamuk, premio Nobel de Literatura 2006, advertía que abrazar el pasado es una cuestión de libertad de expresión, porque “no se trata sólo de recordar sino de hablar de cómo recordar; la memoria no debe ser manipulada, hay que ser libres para recordar”.<sup>2</sup>

Recordar en libertad debería ser el imperativo fundamental que rija el trabajo del historiador. Libertad para elegir sus temas, sus fuentes, sus recursos teórico-metodológicos, y en el caso de la recuperación de historias de vida, libertad para escoger a sus informantes. Libertad para analizar e interpretar sus fuentes. Sobre todo, libertad para entender las historias de vida como fuentes y entenderlas como memorias en la construcción de una historia más cercana a la vida, sin dejar de lado el tema fundamental de que los protagonistas, narradores originarios, se reconozcan en sus relatos, al tiempo que perciban que al hacerlo se recuperan del olvido las experiencias, la vida, el pasado singular y particular.

<sup>2</sup> Pamuk, Orhan, “Museos, novelas y su futuro”, *El País*, Madrid, 19 de enero, 2010, p. 39.

Esto nos lleva a varias premisas iniciales: la de memoria y olvido, primero, y desde luego al principio filosófico de los otros, entendidos éstos, desde la perspectiva del historiador como aquellos cuyas vivencias tenemos que rescatar, respetar e incluso comprender.

La memoria ha sido tema recurrente de filósofos, historiadores, científicos sociales en general, psiquiatras y psicólogos que establecen dos acepciones: memoria individual y memoria colectiva. Tal y como lo expresara en su momento Henri Bergson, se entiende la memoria individual como la serie de imágenes y recuerdos personales. Aceptamos en consecuencia que la memoria colectiva es el resultado de una elaboración grupal. Lenguaje y simbología obligan a los grupos a volver al pasado de manera común de tal suerte que comparten experiencias vividas. Ante la imposibilidad de revivir el pasado, se trata de representarlo e interpretarlo, a partir de los vestigios que subsisten o se conservan del pasado.

Del recuerdo y la conformación individual de la memoria, de la selección y el descarte que hacemos de nuestro pasado, de la permanente reconstrucción de esas experiencias, aportamos a nuestra sociedad interpretaciones y juicios de valor, que son integrados en la memoria colectiva, múltiple y variada, que se transforma a medida que se va actualizando el pasado, siempre dinámico, siempre cambiante. Este proceso le da sentido a la memoria histórica, finalmente determinada por los cotos que le han impuesto la política, los políticos y la sociedad.

Tras algunos ensayos previos, en 1925 Maurice Halbwachs propuso una aproximación sociológica a la memoria, para luego resaltar los valores y la importancia de la memoria colectiva, la cual definió como el proceso social de reconstrucción del pasado vivido y experimentado por un determinado grupo, comunidad o sociedad. Se trata, sin duda, de reconocer la permanencia del tiempo y la homogeneidad de la vida. Es decir, se pretende comunicar ese pasado, que en apariencia es inmutable, para dar así fundamento e identidad a los diversos grupos. Así, de este modo, la memoria colectiva se entiende a partir de una triada filosófica a manera de postulado: ser es perseverar; perseverar en el ser por medio de la memoria; finalmente, al recordar nos acogemos a un pasado producido y mantenido socialmente.<sup>3</sup>

En cuanto a la relación memoria e historia, se propone recuperar

<sup>3</sup> *Revista de Occidente. La memoria*, núm. 100, Madrid, septiembre, 1989, p. 172.

las vivencias individuales y colectivas, para luego analizar, contextualizar e interpretar la información, a fin de registrar y dar cuenta de los procesos y transformaciones de la sociedad. Hallwachs insistía en señalar que en realidad nunca estamos solos, y por ende se establece una coherencia entre los recuerdos que fundamentan la unidad interna de la conciencia, a partir de diarios, biografías, autobiografías, con las cuales se les da un sentido a las memorias. Así, la escritura se torna osamenta, monumento o tumba que asegura la supervivencia. Por ello la necesidad de recordar, de comunicar las vivencias, hacer memoria, construir memorias para ser recordado, para evitar el olvido; memoria y olvido guardan una íntima relación con la vida y la muerte.<sup>4</sup>

De manera paralela, la memoria colectiva deconstruye el cuerpo de los recuerdos, a la vez que opera tanto sobre los restos de la memoria individual, como sobre los materiales del acontecimiento que encuentra a su disposición la narración que ha ido edificando, a fin de integrar tres funciones fundamentales: la simbólica, por lo que representa desde el enunciado central; la del protagonista, que quizá de manera inconsciente estimula la formación de otras figuras marginales; la psicológica, que recupera la dinámica de los hechos, sus causas y su ubicación cronológica, de tal suerte que la versión individual va pasando de boca en boca, de interpretación en interpretación, hasta que la memoria colectiva se apropia de la vivencia particular. La memoria colectiva lleva implícita una función formal, para ubicar diacrónica y sincrónicamente los acontecimientos.

No puede, sin embargo, soslayarse la distancia entre el hecho y la memoria que se guarda del mismo, porque el tiempo va colocando los acontecimientos en una perspectiva diferente y hasta distante, que permite a los individuos y a la sociedad en su conjunto evaluar e interpretar el pasado de manera divergente a como se vivieron o se juzgaron las experiencias inmediatas o próximas. Con todo, memoria e historia se convierten en un binomio inherente.

Reconocida como un arte por el poeta Simónides de Ceos, la memoria se ha traducido en una necesidad individual y colectiva. Hay en ello una doble intención: recordar a partir de la mnemotécnica,

<sup>4</sup> Buena parte de estas ideas serán el punto de partida para su libro *Les cadres sociaux de la mémoire*, Paris, Les Presses Universitaires de France, 1925 (Collection: Les travaux de l'Année sociologique). Puede consultarse la versión en español: Maurice Hallwachs, *Los marcos sociales de la memoria*, Anthropos, Barcelona, 2004.

así como utilizar las imágenes mentales y la carga emotiva que la acompañan, para poder generar entonces un proceso de recordación y facilitar las operaciones intelectivas.<sup>5</sup>

Los individuos nos enfrentamos o nos parapetamos en el olvido como bálsamo o evasión frente al dolor. El recuerdo y el olvido tienen una naturaleza social que reconoce determinantes sociales e institucionales, por lo que se olvidan o reprimen procesos que tienden a convertirse en “instituciones sociales”<sup>6</sup>.

Las interrogantes permanentes frente al olvido arrancan con algunas interrogantes: ¿qué recordamos y qué olvidamos de nuestra experiencia y por qué razón? Para buscar respuestas hay que recurrir a procesos internos que arriban a la realidad social y colectiva de quienes recuerdan u olvidan, sea intencional o inconscientemente.

El olvido se entiende en ocasiones como un atentado a la memoria. Sin embargo, se significa igualmente como una forma de sanación, tanto para la sociedad como para el individuo en particular. El complejo desarrollo del siglo XX generó conceptos fundamentales como perdonar, pero no olvidar por ejemplo, los crímenes del nazismo, los de las dictaduras, los del estalinismo, los de guerras imperialistas, las guerras sucias en América Latina o las guerras de balcanización y confrontaciones religiosas en la antigua Yugoslavia; pero tampoco olvidar, porque entonces se cae en la negación de los hechos.<sup>7</sup>

Es indudable que la memoria está ligada en forma inevitable al olvido. Éste es, en suma, la fuerza viva de la memoria; el recuerdo es el producto de ésta.<sup>8</sup> En consecuencia, siempre surgen interrogantes en torno al hecho de que el olvido puede ser una forma de no recordar; porque siempre se llega a olvidar algo, por

<sup>5</sup> Yates, Frances A., *El arte de la memoria*, Siruela, Madrid, 2005, p. 495.

<sup>6</sup> Ricoeur, Paul, “El olvido” en *La memoria, la historia, el olvido*, Trotta, Madrid, 2003, p. 539-591.

<sup>7</sup> Sólo a manera de ejemplo, se pueden citar casos como el de Alemania, donde se considera un delito la negación del holocausto provocado por los nazis. Pero, por otro lado, está la fallida intención de la Ley Punto Final (Argentina, 1986), con la que se pretendió paralizar el enjuiciamiento de los años de dictaduras militares. Más recientemente, está el esfuerzo del juez español Baltazar Garzón para traer a cuentas de la justicia los crímenes del franquismo, hecho que sigue siendo tema sustantivo de discusión ante la nueva embestida de la Falange Española de los ons.

<sup>8</sup> Vidal-Naquet, Pierre, *Los asesinos de la memoria*, Siglo XXI Editores, México, 1994, p. 189.

conveniencia, por prejuicio, por atenuar el dolor que ciertas experiencias producen, ya que no podemos acordarnos de todo. Más aún, se llega a una especie de amnesia colectiva e incluso a olvidos grupales.

Existen diversas formas de olvido: individual y colectivo, voluntario o impuesto. El proceso catártico o terapéutico de olvidar y, en consecuencia, de perdonar, está regido por normas, ritos y propósitos que en ocasiones no son conscientes para el individuo. Hay que concluir que olvidar supone un ejercicio pleno de la memoria, dado que recuerdo y olvido son el binomio indispensable del proceso mnemotécnico.<sup>9</sup>

Marc Augé establece tres figuras del olvido desde la perspectiva antropológica: retorno, suspenso y comienzo, ligadas íntimamente a la historia y a las historias personales.<sup>10</sup> El autor asume que el retorno tiene como principal pretensión recuperar un pasado perdido, olvidando el presente, para intentar restablecer una continuidad con el pasado. La segunda figura busca recuperar el presente, seccionándolo del pasado y del futuro; la tercera pretende recuperar el futuro, olvidándose del pasado, para crear las condiciones de un nuevo nacimiento que por definición abre las puertas a todos los futuros posibles sin dar prioridad a ninguno.<sup>11</sup>

El futuro que se debe recuperar no tiene aún forma o, más exactamente, es la forma incoactiva del presente. La sensación de ser la misma persona a lo largo del tiempo se torna experiencia básica y fundamental de nuestro yo, que permite definir la identidad personal, que se explica a partir de lo recordado o lo recordable, es decir, en términos de memoria permanece asociada a la memoria y los olvidos, entendidos éstos como destructores de la identidad personal.

En consecuencia, el deber de la memoria está centrado en dos aspectos: el recuerdo y la vigilancia, o sea, la actualización del primero, el esfuerzo por imaginar en el presente lo que podría

<sup>9</sup> Yerushalmi, Yosef H., Nicole Loraux, Hans Mommsen, Jean-Claude Milner, Gianni Vattino, *Usages de l'Oubli*, Editions du Seuil, Paris, 1988, p. 90.

<sup>10</sup> Augé, Marc, *Las formas del olvido*, Gedisa, Madrid, 1998, p. 107.

<sup>11</sup> La forma ritual emblemática del comienzo o del recomienzo es la iniciación que, bajo modalidades variables, se presenta siempre como un engendramiento o un nacimiento. Lo que entonces se borra o se olvida en el instante en que surge una nueva conciencia del tiempo es simultáneamente aquel ser que el iniciado ya no es y aquel otro que aún no es, el mismo y el otro en él (Augé, *op. cit.*, p. 67-68).

semejarse al pasado, por recordar el pasado como un presente, por volver a él para encontrar sentido a la vida. La memoria y el olvido se convierten en la vuelta de tuerca que da un significado particular al tiempo.

Aquí reside la importancia que desde la historia adquieren la posibilidad de ayudar a recordar a los otros y los esfuerzos por construir una narrativa a partir de lo que recuerden, a través de los canales y receptáculos de la memoria que Pierre Nora con tanto acierto define como “los lugares de la memoria”.<sup>12</sup>

Para el olvido el tiempo resulta determinante. La distancia con los acontecimientos proporciona las configuraciones para alcanzar el apaciguamiento de la memoria, dejando atrás los hechos ocurridos que permiten evaluar e interpretar el pasado en forma diferente y reconocer los espacios que, sin duda, tiene el olvido en la historia; el olvido entendido como una enfermedad histórica que busca paliativos y quizá también una forma de redención al recuperar la memoria como sustento y explicación del quehacer humano.<sup>13</sup>

En todo caso, se trata de reconstruir el discurso a partir del lenguaje. Por ello, según advertía Paul Ricoeur, los signos, símbolos y textos se alimentan de una misma capacidad: la imaginación. De allí que haya que mantener una dinámica permanente para repensar la relación entre vivir y contar, vida y relato, historia y narración, realidad y ficción, porque la narración remite a la vida y, por otra parte, a la narración, porque está pidiendo ser narrada. Ligados en tiempo y espacio —elementos sustantivos del análisis histórico— se encuentran los protagonistas que dan razón y sentido a las historias.<sup>14</sup>

Es menester identificar la otredad o diferencia y cuáles son sus consecuencias en una nación y un mundo que se proclaman igualitarios, pese a que no nos trata a todos por igual. Resulta importante reflexionar sobre los efectos de ese trato desigual, que se traduce en formas de exclusión (si no es que discriminatorias) o de diferenciación.

El yo y el otro, la identidad y la alteridad han despertado el interés de investigadores en disciplinas como la filosofía, las ciencias de la comunicación, la sociología, la literatura y la historia. De manera subsecuente, se establecen una distancia y una diferenciación desde

<sup>12</sup> Nora, Pierre (director), *Les lieux de la mémoire*, Gallimard, Paris, 3 vols., 1984-1992 (Bibliothèque Illustrée des Histoires).

<sup>13</sup> Ricoeur, Paul, “El olvido”, *op. cit.*, p. 539-591.

<sup>14</sup> Véase, del mismo autor, *La memoria, la historia, el olvido*, FCE, México, 2004.

la identidad e identificación del individuo frente a los otros, sean éstos pares o distintos. Ser distinto, ser disímil marca pautas de comprensión y de definición subjetiva y social. Se trata no sólo de la tolerancia, sino también del respeto a las diferencias y, en última instancia, de describir las iniciativas individuales y los símbolos colectivos que constituyen el sentido y reconocimiento de los otros frente a nosotros.

En un país como México, el tema de los otros puede entenderse de maneras diversas. Quizá como producto del mestizaje hemos sido profundamente intolerantes y racistas. No ser igual racial cultural o económicamente genera inquietudes y hasta turbulencias, enfrentamientos, agresiones.

La similitud, tanto como la diversidad, da cuenta de una problemática social y de una toma de conciencia que se refleja en múltiples formas discursivas. Más aún, se llega a perder la identidad individual, se imita, se transforma e incluso se asumen características ajenas como remedo inoperante, a fin de ser aceptado o reconocido.

En el caso del rescate de las historias de vida, el historiador en realidad se enfrenta de manera total a la otredad, porque a fin de cuentas se trata de atender y escuchar lo que los otros estén dispuestos a contar, desde la perspectiva de la valoración, el discernimiento, el descarte y la construcción de una memoria individual.

No debemos confundir memoria con historia, pues tienen dos registros radicalmente diferentes aunque sean notorias las estrechas relaciones entre ellas.

La memoria es siempre el recuerdo de un pasado vivido o imaginado. Por naturaleza es afectiva, emotiva, abierta a todas las transformaciones, inconsciente de sus sucesivas transformaciones, vulnerable a toda manipulación, susceptible de permanecer latente durante largos periodos y de bruscos despertares. La memoria es siempre un fenómeno colectivo, aunque sea psicológicamente vivida como individual. Por el contrario, la historia es una construcción siempre problemática e incompleta de aquello que ha dejado de existir, pero que dejó rastros. A partir de esos rastros, controlados, entrecruzados, comparados, el historiador trata de reconstituir lo que pudo pasar y, sobre todo, integrar esos hechos en su conjunto explicativo. La memoria depende en gran parte de lo mágico y sólo acepta las informaciones que le convienen. La historia, por el contrario, es una operación puramente intelectual, laica, que exige un análisis

y un discurso críticos. La historia permanece; la memoria va demasiado rápido. La historia reúne; la memoria divide.<sup>15</sup>

Entre historiador e informante se va gestando una relación de empatía, de credibilidad que obliga al primero a afilar su percepción inicial, a ver y escuchar y no mirar u oír, a fin de conformar el arsenal de información que requiere para luego proceder a una tarea propiamente hermenéutica, la del análisis e interpretación de los recursos heurísticos en su conjunto.

No se trata de privilegiar las fuentes orales frente a las escritas; menos, de confrontar, increpar o de establecer un proceso dialéctico con quien está relatando su vida, a su manera, a su tiempo. A fin de cuentas, se pretende recuperar un conocimiento de la vida de las personas, asumiendo como condición *sine qua non* la credibilidad acerca de que los otros nos dicen.

Los historiadores fueron durante mucho tiempo los depositarios de la memoria comunitaria; incluso llegaron a tener el monopolio de la interpretación, al mismo tiempo que se convertían en instrumentos del poder. Esta condición de “amanuenses del príncipe” o de intelectuales orgánicos, con el correr del tiempo, especialmente del tiempo presente, sufrió una transformación; se empezó a generar una acción de rebeldía en contra del olvido institucional que en muchos casos ha permitido asumir libertad e independencia y, como resultado, una actitud crítica, más científica.

El binomio tiempo-espacio, determinan el trabajo del historiador, quien reconoce la intemporalidad del cambio de los objetos y sujetos de conocimiento, y mantiene distancia de ellos. Se asume que quizá las fuentes a las que recurre sólo lo identifican de manera fragmentaria, o bien que no quedan más que restos, huellas y el recuerdo subjetivo de sus protagonistas. Allí se establecen alianzas y asociaciones con otros científicos sociales, en un proceso de cooperación interdisciplinaria que permite dimensionar los procesos.

Quizá lo dramático del siglo XX contribuyó en gran medida a democratizar la historia, a hacerla vivir. Hombres y mujeres que antes no eran tomados en consideración por ser parte de definiciones como masa, pueblo, mayorías o minorías empiezan a sentir que son en realidad protagonistas de la historia, con independencia de las versiones oficiales impuestas o asumidas. Resultado de ello fue

<sup>15</sup> “No hay que confundir memoria con historia: la visión del filósofo y académico francés”, entrevista a Pierre Nora realizada por Luisa Corradini, *La Nación*, Argentina, 15 marzo, 2006.

la proliferación de proyectos para rescatar la memoria individual, para defender el derecho a la memoria, el derecho a la historia.

La memoria individual es el primer paso de la memoria colectiva. Un gran número de recuerdos reaparecen porque otros los evocan para nosotros; siempre están relacionados. Pensamos y actuamos libremente, pero los recuerdos que evocamos a voluntad surgen a partir de un estímulo.

Así se empieza a dar voz, a atender las historias de campesinos, obreros; esas memorias particulares de las minorías comienzan a ser reconocidas como mayorías en el proceso de emancipación y de integración en el colectivo nacional. Se hizo evidente que el llamado sujeto nacional portador de la ideología de las naciones entró en crisis, generando lo que los franceses han llamado la "historia en migajas", que provocó una profunda fisura en la memoria nacional.

Se generó una historia que recupera la memoria particular y subjetiva con la cual se nutre el principio fundamental de no construir historias desde arriba, para impedir que la historia sea ideologizada, dictada por legisladores u ordenada desde el poder. Con ello se pretende dejar de construir historias maniqueas, de buenos y malos, de héroes y traidores, para buscar el conocimiento y la comprensión de los procesos y de sus actores. El historiador, entonces, asume una misión de observancia intelectual, racional y cívica y contribuye a la reflexión de la sociedad sobre sí misma.

Si se asume la memoria como el lugar donde reside y se dirime el poder, más allá de la intención de comprender a los marginados, a los excluidos, para trastocar el principio de recuperar las historias de los sin historia, puede también plantearse la disyuntiva entre memoria e historia como un conflicto de carácter oficial. Los historiadores no pensamos en entrevistas de historia oral meramente narrativas o estandarizadas, sino que pretendemos abrir espacios de recuerdos por medio de la inducción a preguntas quizá nunca planteadas por el sujeto de la entrevista, a fin de contribuir a la construcción de significados y de evocaciones de experiencias latentes, aunque quizá archivadas en la memoria, como acción voluntaria consciente o involuntaria.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> Ejemplo significativo de esto ha sido el rescate de testimonios diversos sobre la experiencia estudiantil de 1968 en México, que dio origen y sustento al *Memorial* edificado y sostenido por la Universidad Nacional Autónoma de México en el antiguo edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores en Tlatelolco.

Así, recordar se traduce en una empresa de complicidad entre el sujeto de entrevista y el historiador-entrevistador. Porque no debemos olvidar que el temor a lo desconocido está presente en ambos. No se trata de encauzar y alentar a las personas a contar su vida, tal y como ellos quieran; a fin de hacerlo necesitan del espacio para sentirse lo suficientemente cómodos como para decir lo que quieren. Cada uno le da una estructura y una cadencia a su narrativa; tenemos que cuidar no entrometernos en la forma en que ellos quieran contar sus historias; darles tiempo para recordar, para digerir la experiencia y acomodar los sentimientos, para que jerarquicen sus recuerdos y la valoración de los mismos.

Si en verdad los tiempos cambian la perspectiva de los procesos, la historia, como todas las ciencias sociales, toma rumbos diversos desde ámbitos diferentes que reconocen la interdisciplinaridad y en ocasiones la propuesta de una historia comparada.<sup>17</sup>

Las entrevistas de historia oral entendidas como una autopresentación que formula una representación creada por el informante, en una situación extraordinaria e interpretada por otra persona ajena que pretende recuperar y salvaguardar las historias de vida, tienen como punto de partida varias interrogantes: ¿qué tipo de conocimiento se produce en una entrevista?, ¿hasta qué punto es confiable el conocimiento obtenido?, ¿de qué manera se puede utilizar dicho conocimiento? Las entrevistas, al recuperar historias de vida, trascienden la mera conversación o diálogo. Son en realidad monólogos guiados por el historiador, el escucha que sólo debe intervenir para orientar o conducir a ese rescate de la memoria biográfica, para después traducir dicho conocimiento en una interpretación contextualizada cuyo objetivo último sea la comprensión de los procesos históricos.

<sup>17</sup> La experiencia del rescate de testimonios de la experiencia de los diferentes exilios a México, primero el de los españoles y luego el de los latinoamericanos –argentinos, uruguayos, brasileños, chilenos, haitianos, dominicanos, salvadoreños– permitió salvaguardar formas diversas de pensamiento, como también de valoraciones individuales y colectivas que difícilmente se hubieran podido registrar sin el concurso de los informantes. Al respecto, véase: Meyer, Eugenia (coord.), *Palabras del exilio, contribución a la historia de los refugiados españoles en México*, INAH/SEP, México, 5 vols., 1980, 1982, 1984, 1988 y 1992 y Meyer, Eugenia y Eva Salgado, *Un refugio en la memoria. Las experiencias de los exilios latinoamericanos en México*, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Nacional Autónoma de México/Océano, México, 2002, 361 pp.

Cuando ciertos grupos sociales asumen su identidad, su participación y su responsabilidad en luchas libertarias, por ejemplo, la recuperación de la memoria individual y colectiva adquiere características y valores por demás significativos. De esta manera, recuperar las historias de vida de los veteranos villistas en los años setenta, cuando ellos jamás habían recibido la atención de los investigadores sociales, significó una toma de conciencia colectiva que permitió recuperar un importante proceso de revaloración de sus vidas, de significación en el contexto de la Revolución Mexicana como la fuerza fundamental que definió y determinó la lucha de los desarraigados del norte.<sup>18</sup>

Sin duda, se privilegia el rescate de historia de vida del hombre y la mujer comunes, toda vez que las entrevistas con informantes públicos o representativos están llenas de alevosías —especialmente en sociedades con múltiples líneas políticas quebradas en su pasado inmediato—. No se trata de fomentar la autobiografía del pobre o de los desclasados. La recuperación y la reconstrucción de la vida cotidiana se convierten en un objetivo determinante, a fin de conformar interpretaciones menos estereotipadas o rígidas. Allí incide el interés de la historia vuelta experiencia vivida, aunque ésta refleje sólo la descripción individual, subjetiva, porque el entrevistado quiere recordar una cotidianidad que quizá ya no existe. El paradigma para el historiador es asumir que desde la perspectiva del recuerdo es más fácil describir diferencias, no similitudes.

La historia oral no es sólo un instrumento heurístico para llenar vacíos, dudas, interrogantes en la historia contemporánea, sin llegar a ser una panacea; también en su conjunto aporta posibilidades nuevas y renovadas de la percepción diferenciada en la historia social y cultural de las condiciones de vida cotidiana y del cambio social.

A través de la evidencia de la naturaleza propia de las historias de vida, sean intencionales o no, se introducen dimensiones diversas del tiempo, ciclos de vida de la movilidad social, la tradición y el cambio. La evidencia de cada historia de vida sólo puede ser entendida plenamente como parte de la vida toda; con ello se le otorga un nuevo significado.

<sup>18</sup> Cf. Programa de Historia Oral del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México. En buena medida, esas historias de vida, esa recuperación de testimonios de primera mano, habrían de dar sustento a las hipótesis que desarrolló Friedrich Katz en su espléndido trabajo *Pancho Villa, Era, México*, 1998, 2 vols.

El proyecto que se realizó en los años setenta con mujeres cubanas, con el propósito de registrar las experiencias individuales de cada una antes y después del proceso revolucionario de 1959, permitió la recuperación de una gama múltiple de percepciones, de valorizaciones y de perspectivas. Cada una de esas historias de vida da cuenta de formas diversas de analizar el pasado individual y común y también de interpretar su biografía en el contexto de la realidad cubana que cada una de ellas vivió cuando se realizó el registro de su narrativa autobiográfica.

Muchos años más tarde, cuando sus historias de vida tomaron la forma impresa, generó entre las que aún vivían una resignificación, una especial sensación de orgullo, saberse protagonistas de un libro. De manera paralela, las familias de las que habían muerto pudieron recuperar y hasta descubrir en esas historias un pasado que les permitía redescubrir a sus madres, a sus abuelas.<sup>19</sup>

Es una falacia suponer que los relatos de vida, esa narración biográfica encauzada por el historiador, logra recoger todo. Se trata de recuperar las voces de la experiencia humana para luego proceder a la exploración, el análisis y la síntesis. Se trata, pues, de entrar en un campo nuevo del relato personal que nos permita ahondar el conocimiento del individuo que tenemos enfrente, que está descubriendo o desvelando sus recuerdos en los tiempos y ritmos que él va marcando, de tal suerte que la información proporcionada descubra, enriquezca o confirme algunas hipótesis previas. Luego viene el proceso del análisis del contenido de las entrevistas cuyo enfoque biográfico en ocasiones puede ir más allá del interés originario del investigador, o desviarlo. De allí se pasará a la interpretación de esa forma expresiva. En todos los casos se trata de la construcción de fuentes para un propósito específico.

Las evidentes limitaciones de la entrevista podrían traducirse en virtudes para quien esté interesado en los hechos, pues al apartarlo de la realidad objetiva, se convierte al informante en sujeto del encuentro. Es entonces cuando, desde la perspectiva histórica, rompemos lanzas para combatir la falacia de una historia científica, aquella que según Ranke debía consignar sólo lo que “realmente sucedió”, como si ello fuera posible. El historiador es también protagonista de su tiempo, está sujeto a su propia circunstancia e ideología y la empatía y parcialidad con que se acerca a los temas,

<sup>19</sup> Meyer, Eugenia, *El futuro era nuestro. Ocho cubanas narran sus historias de vida*, UNAM/FCE, México, 2008, 1045 pp.

tiempos y sujetos dan cuenta de una intención natural, de su afinidad e incluso proclividad por cierto tipo de historia y de la metodología de la que pretende valerse para explicar la realidad.

Tema sustantivo en esa relación con los otros es la actitud frente a los silencios, que en ocasiones nos dicen mucho más que el proceso discursivo en que se sumerge el entrevistado para conformar las elipsis de la narración. Ellos dan cuenta de estados de ánimo, incluso de procesos catárticos por los que atraviesan y que es menester respetar, también mostrar compasión y empatía.

Cuando las sesiones de grabación han concluido o cuando se desconecta la grabadora, puede suceder que el entrevistado, liberado de la parte formal del proceso, se relaje y ofrezca una información que consciente o inconscientemente no pudo o no quiso expresar antes. De lo que se trata es de que el informante perciba que su interlocutor le otorga credibilidad, que no pone a discusión sus formas de pensar o actuar, que lo que le importa es la narración de esa historia tan suya, tan próxima a sus recuerdos y sentimientos; que es finalmente una historia que bien vale la pena ser contada.

Cada entrevista es una experiencia única, irreplicable, tanto para el informante como para el historiador. Entre ambos se construyen lazos de entendimiento, el tan traído y llevado *raport*, amenazado siempre por las transferencias sobre las que nos previenen y advierten los psicólogos y psicoanalistas. El investigador tiene que experimentar la sensación de control al tiempo que reconoce los límites alcanzados. Se trata de escuchar las diferentes verdades, otorgarles credibilidad y aceptar su dimensión subjetiva.

Se registra la memoria, las experiencias vividas y procesadas, se las interrelaciona, se establece la dialéctica pasado-presente con el fin de construir historias más humanas, menos atadas a los cultos e imaginarios políticos que distorsionan e impiden la aproximación a una historia a contrapelo, contestataria, en libertad. Todo relato es un desafío al tiempo, contribuye a que el narrador luche contra el olvido y da sustento a la identidad y el legado que todos, a fin de cuentas, concebimos como razón de vida.

## Bibliografía

Ariès, Philippe, *El tiempo de la historia*, Paidós, Buenos Aires, 1988, 285 pp.

\_\_\_\_\_, “¿Qué nos lleva a escribir memorias?”, *Ensayos de la memoria, 1943-1983*, Bogotá, 1995, 445 pp.

Augé, Marc, *Las formas del olvido*, Gedisa, Madrid, 1998, 107 pp.

Bourdieu, Pierre, “La ilusión biográfica”, *Historia y fuente oral. Memoria y biografía*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1989, pp. 27-33.

Hallwachs, Maurice, *Los marcos sociales de la memoria*, Anthropos, Barcelona, 2004, 431pp.

\_\_\_\_\_, “Memoria colectiva y memoria histórica”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 69, enero-marzo de 1995, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, pp. 209-219.

Katz, Friedrich, *Pancho Villa*, 2 vols., Era, México, 1998.

Le Goff, *History and Memory*, Columbia University Press, Oxford, New York, 1992, 265pp.

Meyer, Eugenia, coord., *Palabras del exilio. Contribución a la historia de los refugiados españoles en México*, vol. 1, INAH-SEP/ Librería Madero, México, 1980, 1982, 135 pp.

\_\_\_\_\_, Concepción Ruiz Funes y Enriqueta Tuñón, *Palabras del exilio, Vol. 2: Final y comienzo: el Sinaia*, INAH-SEP, Librería Madero, México, 1982, 209 pp.

\_\_\_\_\_, María de la Soledad Alonso y Martha Baranda, *Palabras del Exilio, Vol. 3; Seis Antropólogos Mexicanos*, INAH-SEP, Librería Madero, México, 1984, 283 pp.

\_\_\_\_\_, Elena Aub, *Palabras del exilio, vol. 4: De los que volvieron*, INAH-SEP, Librería Madero, México, 1988, 283 pp.

\_\_\_\_\_, Elena Aub, *Palabras del exilio, Vol. 5: Historia del ME/59. Una última ilusión*, CONACULTA-INAH, México, 1992, 283 pp.

\_\_\_\_\_, *El futuro era nuestro. Ocho cubanas narran sus historias de vida*, UNAM/FCE, México, 2008, 1045 pp.

\_\_\_\_\_, y Eva Salgado, *Un refugio en la memoria. La experiencia de los exilios latinoamericanos en México*, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM/ Océano, México, 2002, 361pp.

Nora, Pierre, director, *Les lieux de la mémoire*, 3 vols., Gallimard, Paris, 1984-1992 (Bibliothèque Illustrée des Histoires).

Pamuk, Orhan, “Museos, novelas y su futuro”, *El País*, Madrid, 19 enero, 2010.

*Revista de Occidente. La memoria*, núm. 100, Madrid, septiembre, 1989, 158 pp.

Ricoeur, Paul, "El olvido", en *La memoria, la historia, el olvido*, Madrid, Trotta, 2003, pp. 539-591.

\_\_\_\_\_, *La memoria, la historia, el olvido*, FCE, México, 2004, 673 pp.

Todorov, Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, Paidós, Barcelona, 1995, 67 pp.

Vidal-Naquet, Pierre, *Los asesinos de la memoria*, Siglo XXI Editores, México, 1994, 189 pp.

Yates, Frances A., *El arte de la memoria*, Siruela, Madrid, 2005, 495 pp.

Yerushalmi, Yosef H., Nicole Loraux, Hans Mommsen, Jean-Claude Milner, Gianni Vattino, *Usages del'Oubli*, Editions du Seuil, Paris, 1988, 90 pp.

Wisel, Elie, *¿Por qué recordar?*, Garnica, España, 1999 (Academia Universal de las Culturas), pp. 12-13.